

FLOTILLA DE LOS PAÑALES

Crónica de una humillación en aguas internacionales

Evaristo Villar

Hay imágenes que no piden permiso para quedarse. Se instalan en la memoria como una astilla incómoda, imposible de ignorar. En las pasadas semanas hemos visto una de ellas: cuerpos arrodillados sobre la cubierta de barcos civiles, manos en alto, miradas tensas, mientras haces de luz láser trazaban amenazas invisibles sobre el Mediterráneo. No eran soldados. No eran combatientes. Eran voluntarios. Y llevaban, alimentos, medicinas, pañales...

En otro escenario, a miles de kilómetros, sonrisas satisfechas, tuits de celebración y declaraciones cargadas de sarcasmo convertían la escena en una victoria estratégica. Dos mundos. Entre ambos, un abismo moral.

Porque hay momentos en los que la historia no se escribe: se grita. Y como dice el Evangelio: *“Si estos callan, gritarán las piedras” (Lc 19, 40)*. Hoy, esas piedras tienen forma de barco.

La travesía interrumpida

Los hechos son tozudos, aunque se intenten maquillar. A más de 1.200 kilómetros de la costa israelí, en aguas internacionales próximas a Creta, más de veinte embarcaciones civiles fueron interceptadas por la Armada israelí. Su destino: Gaza. Su carga: ayuda humanitaria. Su crimen: la responsabilidad solidaria.

Alrededor de 175 activistas fueron detenidos. Españoles, latinoamericanos, europeos. Rostros anónimos, otros conocidos que, durante unas horas, sostuvieron el peso de una pregunta incómoda: ¿es ilegal intentar aliviar el sufrimiento? Algunos fueron humillantemente torturados.

El comunicado oficial israelí hablaba de “la flotilla de los preservativos”. Una etiqueta diseñada no para informar, sino para ridiculizar. Como si el lenguaje pudiera borrar la realidad. Como si cambiar el nombre alterara el contenido.

Netanyahu y la ironía como arma

El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, celebró la operación con entusiasmo. “¡Felicitaciones a nuestra Armada!”, escribió. Y añadió, con un

sarcasmo que hiela más que provoca: “Continuarán viendo Gaza por YouTube”.

No es solo una frase. Es una declaración de época. Convertir una crisis humanitaria, un genocidio en contenido digital. Reducir el sufrimiento a una representación lejana. Transformar el bloqueo en espectáculo. En ese gesto hay algo más profundo que la ironía: hay desafección, desprecio a la humanidad. Aunque, como bien sabemos, no ofende quien quiere, sino quien puede. Y hay sujetos, como éste, que, por más que lo intenten, nunca podrán dejar de ser quienes son.

Mientras tanto, los informes internacionales siguen documentando escasez de alimentos, colapso sanitario y condiciones de vida límite en la Franja. Pero esas cifras no caben en un tuit... Y sin embargo, persisten.

Trump y su “plan de paz”

Al otro lado del Atlántico, Donald Trump, con la visera del “America First” —como el número que la bestia del Apocalipsis 13,18 llevaba escrito en la frente—, no tardó en sumarse al coro. Desde su entorno, la flotilla fue descrita como un “cruce del amor”, un ejercicio de “activismo performativo” protagonizado por gente que “no sabe nada y se preocupa aún menos”. La estrategia es conocida: desacreditar al mensajero para evitar el mensaje.

El llamado “plan de paz” promovido por este sujeto tan poderoso insiste en canalizar cualquier ayuda a través de estructuras controladas, mientras destina partidas millonarias para armamentos que han contribuido a la destrucción y genocidio de Gaza. La paradoja no parece incomodarle.

El resultado es una praxis y un discurso de odio donde la compasión se convierte en sospecha, la solidaridad se ridiculiza y la acción civil se trivializa.

Líbano: el eco olvidado de una región en ruinas

Mientras el foco mediático se concentra en Gaza, Líbano resiste en silencio. O casi. En el sur del país, los enfrentamientos intermitentes, los desplazamientos masivos y la destrucción de infraestructuras forman parte del paisaje cotidiano. No hay grandes titulares. No hay negociaciones serias. Pero hay vidas suspendidas.

Y en entre tanto, los cedros. Los mismos cedros que aparecen en los textos bíblicos como símbolo de fortaleza y permanencia. Hoy, reducidos por

incendios, tala y abandono. Como si incluso la naturaleza acusara el desgaste de décadas de acoso y derribo. El paralelismo es inevitable: un país que sobrevive como puede, aferrado a lo poco que queda en pie.

Memoria, repetición y conciencia

La escena no es nueva. Ya la vimos en 2010, cuando otra flotilla fue abordada con un saldo de diez activistas muertos. Y en 2025, otra flotilla —más pequeña que la actual, menos mediática— había sido bloqueada en circunstancias similares. En ambas ocasiones, el mundo apenas miró. Esta vez, el eco ha sido mayor. Quizá porque la fatiga moral ya no consigue silenciar del todo la evidencia.

Hoy, la historia se repite con variaciones estéticas: más cámaras, más redes sociales, más narrativa. Pero el fondo permanece. Bloqueo, intervención, justificación. La diferencia está en que ahora todo se ve en directo. Y aun así, cuesta reaccionar.

Quizá por eso resuena en la memoria otra frase del Evangelio: *“Lo que se susurra al oído, se proclamará desde los tejados”* (Lc 12, 3). Hoy, esos tejados son digitales. Y el ruido es constante. Pero entre tanto sonido, la verdad sigue abriéndose paso.

Conclusión: entre la risa amarga y la responsabilidad

¿Podemos permitirnos reír y hacer sarcasmo con esta tragedia? Tal vez la ironía sea, como se decía al principio, un mecanismo de defensa. Una forma de no romperse ante lo insoportable. Pero también puede convertirse en anestesia.

Porque mientras debatimos narrativas, hay quienes esperan agua. Mientras discutimos intenciones, hay quienes necesitan medicinas. Mientras se intercambian declaraciones, hay vidas en suspenso. De ahí la urgencia de abrir corredores humanitarios seguros, exigir investigaciones internacionales independientes y sostener una presión diplomática y ciudadana que no se limite solo a la denuncia.

La Flotilla Sumud no ha llegado a Gaza. Pero tampoco ha desaparecido. Su eco sigue ahí. En tribunales internacionales. En parlamentos. En conversaciones incómodas. Y, sobre todo, en la conciencia de quienes aún miran. También en quienes siguen organizando ayuda civil, defendiendo el derecho internacional y reclamando espacios reales de mediación y paz.

Porque el verdadero riesgo no es equivocarse. Es acostumbrarse. Y cuando eso ocurre, cuando el silencio se vuelve norma, entonces —como advierte el texto antiguo— ya no hablarán los hombres. Hablarán las piedras.